

avisó á Cortés, por dos mensajeros tlaxcaltecas, rogándole que apresurase su vuelta, si no quería hallarlos muertos á todos. Lo mismo le envió á decir Moteuczoma, haciéndole saber cuán sensible le había sido la sublevación de sus vasallos, ocasionada por el sangriento y temerario atentado del capitán Tona-tiuh.

Cortés, despues de haber dado las órdenes convenientes para trasferir la colonia de Veracruz á un sitio más próximo á Chachiuhcuecan, lo que no pudo ejecutarse por entónces, marchó con su gente, á grandes jornadas, hácia la capital. En Tlaxcala fué magníficamente hospedado en el palacio del príncipe Maxizcatzin. Allí hizo la reseña de sus tropas, y halló noventa y seis caballos, y mil trescientos peones españoles, á los que se unieron dos mil Tlaxcaltecas que le dió la República. Con este ejército entró en México el 21 de Junio, sin hallar oposicion alguna en la entrada; pero muy en breve echó de ver síntomas de la fermentación popular, tanto por la poca gente que vió en las calles cuanto por algunos puentes de los canales que se habían levantado. Cuando llegó á los cuarteles, con grandes demostraciones de júbilo de una y otra parte, Moteuczoma salió al patio á recibirlo con las más obsequiosas demostraciones de amistad; pero Cortés, ó insolentado por la victoria que había conseguido contra Narvaez, ó por las fuerzas respetables que traía á sus órdenes, ó persuadido de que le convenia fingirse enfadado con el rey, como creyéndolo culpable el alboroto de sus súbditos, pasó de largo, sin fijar en él la atención. El rey, poseido del más vivo dolor al verse tratado tan indignamente, se fué á su estancia, donde se le aumentó la pesadumbre con la noticia que inmediatamente le trajeron sus servidores, de las palabras injuriosas que había proferido contra su majestad el general español.¹

Reprendió Cortés severísimamente al capitán Alvarado, y le hubiera impuesto el castigo que merecia, si lo hubiesen permitido las circunstancias del tiempo y del culpable. Preveía la borrasca que iba á estallar sobre su ejército, y no le pareció prudente en aquella ocasion tener por enemigo á uno de los más valientes capitanes de sus tropas.

Con los refuerzos que trajo Cortés á México, tenia un ejército de nueve mil hombres, y no pudiendo caber todos en el alojamiento, ocuparon algunos de los edificios del recinto del templo mayor, en la parte más próxima á los cuarteles. Con la muchedumbre creció la penuria de víveres, ocasionada por la falta del mercado. Mandó Cortés entónces á decir á Moteuczoma, con grandes amenazas, que diese orden de que se celebrase el mercado, á fin de que ellos se proveyesen de cuanto necesitaban. Moteuczoma respondió que los personajes de más autoridad de que podía fiarse para la ejecución de aquella orden, se hallaban, como él, privados de libertad; que soltase algunos de ellos, para que se le complaciese en lo que pedía. Cortés sacó de la prision al príncipe Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, estando muy lejos de pensar que la libertad de aquel personaje ocasionaria la ruina de los españoles; pues no solo no regresó al cuartel ni restableció el mercado, ó porque no quisiese favorecer

¹ Solís no da crédito al desprecio que Cortés hizo de Moteuczoma, y por defender á su héroe, agravia á Bernal Díaz que lo afirma, como testigo ocular, y al cronista Herrera, que lo asegura, fundado en buenos documentos. Acusa injustamente á Díaz de parcialidad contra Cortés, y de Herrera dice que quizás adoptaría aquella version, para aplicarle una sentencia de Tácito, "ambición, añade, peligrosa en el historiador," pero en ninguno tanto como en el mismo Solís, pues todo hombre imparcial que lea su obra, verá que este autor, en lugar de ajustar las sentencias á la narración, ajusta la narración á las sentencias. Por fin, si no alega mejores razones que las que usa contra Bernal Díaz, debemos creer á éste, que presencié el lance.

á los extranjeros, ó porque no consintiesen en ello los Mexicanos, sino que éstos lo obligaron á ejercer su empleo de general, y él fué quien desde entónces mandó las tropas y dirigió las hostilidades, hasta que por muerte de su hermano fué elegido rey de México.

COMBATES ENTRE MEXICANOS Y ESPAÑOLES EN LA CAPITAL.

El día en que Cortés entró en México no hicieron ningun movimiento sus habitantes; pero al siguiente empezaron á hacer uso de las hondas, y dispararon tantas piedras á los españoles, que parecia, segun dice Cortés, una tempestad. Siguieron las flechas en tanto número, que cubrieron todo el patio, siendo tan excesivo el de los combatientes, que no se veía el suelo de las calles. No pareció bien á Cortés mantenerse en la defensiva, porque no se atribuyese á cobardía y cobrasen más ánimo sus enemigos; hizo, por tanto, una salida con cuatrocientos hombres, parte españoles y parte Tlaxcaltecas. Los Mexicanos se fueron retirando con poca pérdida, y Cortés, despues de haber pegado fuego á algunas casas, volvió á sus cuarteles; pero viendo que los enemigos continuaban sus hostilidades, mandó salir al capitán Ordaz con doscientos soldados. Los Mexicanos fingieron huir y desordenarse para alejarlos de su alojamiento, como en efecto lo obtuvieron; pero de repente se vieron los españoles rodeados de enemigos y atacados por frente y retaguardia, aunque tan tumultuariamente, que los Mexicanos se embarazaban unos á otros. Al mismo tiempo se dejó ver sobre las azoteas una gran muchedumbre que no cesaba de tirar piedras y flechas. Halláronse entónces los españoles en gran peligro, y aquella ocasion fué una de las muchas en que dió pruebas de su arrojo el valiente Ordaz. El combate fué muy sangriento, aunque sin gran daño de los españoles, los cuales, con los mosquetes y las ballestas, limpiaron las azoteas, y con las picas y espadas rechazaron á la turba que inundaba la calle: así pudieron finalmente retirarse, dejando muertos muchos Mexicanos, y de los suyos no más de ocho; pero todos salieron heridos, incluso el animoso jefe. Uno de los daños que hicieron aquel día los Mexicanos á los españoles, fué el pegar fuego al cuartel en varios puntos, y en uno de ellos fué tal el incendio, que los sitiados tuvieron que echar abajo el muro y defender la brecha con la artillería y con la mucha gente que en ella pusieron, hasta que llegó la noche y los sitiadores les dejaron tiempo de reedificar el muro y curar los heridos.

El siguiente día, 26 de Junio, fué más terrible el empeño y mayor la furia de los Mexicanos. Los españoles se defendieron con doce piezas de artillería, que hacían grandes estragos en el tropel de enemigos; pero como éstos eran tantos, muy en breve acudían otros á llenar los vacíos que dejaban los muertos. Cortés, viendo su obstinación, salió con la mayor parte de sus tropas, y se encaminó, peleando siempre, por una de las tres calles principales de la ciudad: se apoderó de algunos puentes, pegó fuego á muchas casas, y despues de haber combatido casi todo el día, se retiró á sus cuarteles, con más de cincuenta españoles heridos, dejando muertos innumerables Mexicanos.

La experiencia hizo conocer á Cortés que el mayor daño que recibían sus tropas procedía de las azoteas, y para evitarlo, mandó construir tres máquinas de guerra, llamadas *mantas* por los españoles, tan grandes, que cada una podía llevar veinte hombres armados, cubiertas de fuertes tabladros para defenderlos de los tiros de las azoteas, provistas de ruedas para facilitar su movimiento, y de troneras ó ventanillas para poder disparar las armas de fuego.

Mientras se construían estos amañes, ocurrieron grandes novedades en la capital. Moteuczoma había observado uno de los combates desde la torre de palacio y distinguido entre la muchedumbre á su hermano Cuitlahuatzin, mandando las tropas mexicanas. A vista de tantos objetos lamentables, asaltaron su espíritu un tropel de tristes pensamientos. Consideraba por una parte el peligro que corría de perder la corona y la vida, y por otra se le presentaba la destrucción de los edificios de la capital, la muerte de sus vasallos y el triunfo de sus enemigos, no hallando otro remedio á tantos males, que la pronta salida de los españoles. Pasó la noche agitado por aquellas ideas, y al día siguiente muy temprano llamó á Cortés y le habló sobre el asunto, rogándole encarecidamente que no difriese su viaje. No necesitaba Cortés de tantos ruegos, pues se hallaba tan escaso de víveres, que ya se daban por medida á los soldados, y en tan corta cantidad, que bastaban á mantener la vida, pero no á dar la fuerza necesaria para oponerse á tantos enemigos como continuamente los molestaban. Finalmente, conocía que lejos de serle posible hacerse dueño de la ciudad, ni aun podría lograr sostenerse en ella: por otra parte, lo afligía la idea de tener que abandonar la empresa comenzada, perdiendo en un momento con su salida, todas las ventajas que se había proporcionado con su valor, con su destreza y con su felicidad; pero cediendo á tan imperiosas circunstancias, le dijo que estaba pronto á partir, por la paz del reino, con tal de que depusieran las armas sus vasallos.

DISCURSO DEL REY AL PUEBLO, Y SUS EFECTOS.

Apénas terminada aquella conferencia, gritaron á las armas en el cuartel, por venir los Mexicanos resueltos á dar un asalto general. En efecto, por todas partes procuraban subir á los muros, mientras otras huestes, colocadas en puntos ventajosos, disparaban un número increíble de flechas para superar la resistencia de los sitiados, y otros se arrojaban, á pesar del fuego de la artillería y de los mosquetes, hasta poner el pié en el recinto de los cuarteles y combatir cuerpo á cuerpo con los españoles. Estos, creyéndose ya vencidos por la superioridad del número, peleaban como desesperados. Moteuczoma, viendo su conflicto y el riesgo en que él mismo se hallaba, resolvió mostrarse á sus vasallos, para reprimir con su presencia y con su voz, el furor que los animaba. Púsose las insignias reales, y escoltado por algunos de sus ministros y por doscientos españoles, subió á la azotea y se presentó al pueblo, mientras sus ministros le imponían silencio para que se oyese la voz del soberano. Cesó al verlo el ataque, enmudecieron todos, y aun algunos, penetrados de respeto, se arrodillaron. Alzó entónces la voz y les hizo en sustancia este breve discurso: "Si el motivo que os induce á tomar las armas contra estos extranjeros, es el deseo de mi libertad, yo os agradezco el amor y la fidelidad que me mostrais; pero os engaÑais creyéndome su prisionero, pues en mi mano está dejar este palacio de mi difunto padre y trasladarme al mio cuando quiera. Si vuestra cólera nace de su permanencia en esta corte, os hago saber que me han dado palabra de salir de ella, y yo os aseguro que lo harán, inmediatamente que depongais las armas. Cese, pues, vuestra inquietud; mostradme en esto vuestra fidelidad, si quereis desmentir las voces que han llegado á mis oídos acerca de haber vosotros jurado á otro señor la obediencia que solo á mí me debéis tributar, lo que yo no he podido creer, ni vosotros podreis ejecutar, sin acarrearos toda la cólera de los dioses."

Quedó todo en silencio por algun rato, hasta que un hombre más atrevido que los otros ¹ alzó la voz, llamando al rey cobarde y afeminado, y más digno de manejar el huso y la rueca, que de gobernar una nacion tan valerosa como la Mexicana, y echándole en cara que por su pusilanimidad se había constituido vilmente prisionero de sus enemigos. No satisfecho con estas injurias, el mismo que las había proferido, tomó el arco y disparó una flecha al monarca. La plebe, tan fácil á seguir el impulso que se le da, siguió su ejemplo, y por todas partes empezaron á oirse improperios, á llover piedras y flechas hácia el punto en que el rey se hallaba. Los historiadores españoles dicen que aunque la persona de Moteuczoma estaba cubierta con dos rodela, fué herido de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna, y de una flecha en el brazo. De allí fué llevado por sus ministros á su habitacion, más atormentado por la indignacion y por la rabia, que por las heridas.

Entre tanto persistían los Mexicanos en el asalto, y los españoles en la defensa, hasta que algunos nobles llamaron á Cortés al mismo sitio en que había sido herido el rey, y discurren con él acerca de ciertas condiciones que los historiadores no declaran. Cortés les preguntó por qué lo trataban como enemigo, no habiéndoles hecho él daño alguno. "Si quereis, le respondieron, evitar nuestras hostilidades, salid pronto de esta ciudad: si no, estamos resueltos á morir, ó á daros muerte á todos." Cortés añadió que no se quejaba de ellos porque les temiese, sino porque ellos mismos lo obligaban á exterminarlos y á destruir tan hermosa ciudad. Los nobles se fueron repitiendo sus amenazas.

Concluidas finalmente las tres máquinas de guerra, salió con ellas Cortés el día 28 ó 29 de Junio, muy temprano, ² por una de las tres calles principales de la ciudad, á la cabeza de tres mil Tlaxcaltecas, y de otras fuerzas auxiliares, con la mayor parte de los españoles, y con doce piezas de artillería. Llegados que fueron al puente del primer canal, acercaron á las casas las máquinas y las escalas, para arrojar la turba que cubria las azoteas; pero fueron tantas y tan gruesas las piedras que les arrojaron, que las máquinas fueron muy en breve destrozadas. Los españoles combatieron animosamente hasta medio día, sin poder pasar el puente; por lo que, volvieron avergonzados á los cuarteles, dejando uno de ellos muerto y conduciendo con ellos muchos heridos.

COMBATE TERRIBLE EN EL TEMPLO.

Envanecidos con estas ventajas los Mexicanos, se fortificaron quinientos nobles en el atrio superior del templo mayor, bien provistos de armas y víveres, y de allí empezaron á hacer gran daño á los españoles con piedras y flechas, mientras otras tropas los atacaban por la calle. Mandó Cortés un capitán con cien soldados á rechazar á los nobles de aquel punto, que por estar muy alto y próximo á los cuarteles, los dominaba enteramente; pero habiendo emprendido la subida, fueron vigorosamente rechazados. Determinóse por tanto el general á dar él mismo el asalto, á pesar de tener desde el primer ataque una grave herida en la mano izquierda. Atóse la rodela al brazo, y habiendo circundado el templo de un número competente de españoles y Tlax-

¹ El P. Acosta dice que el Mexicano que dirigió aquellas injurias al rey, fué Cuauhtemotzin, su sobrino, y despues último rey de México, pero yo no lo creo.

² Es increíble la variedad de los autores sobre el orden y las circunstancias de aquellos combates: yo sigo la relacion de Cortés, que me parece la más segura.

caltecas, empezó á subir por las escaleras con una gran parte de su tropa. Los nobles sitiados defendían briosamente la subida, y echaron por tierra algunos españoles, mientras otras fuerzas mexicanas, que habian entrado en el atrio inferior, luchaban furiosamente con los que lo rodeaban. Cortés, aunque con mucha fatiga y dificultad, logró poner el pié con los suyos en el atrio superior. Allí fué el mayor peligro y el más arduo empeño del conflicto, el cual duró tres horas. De los Mexicanos, unos murieron á los filos de la espada, otros se arrojaron á los atrios inferiores, donde siguieron peleando, hasta perder todos la vida. Cortés mandó pegar fuego á los santuarios y se retiró en buen orden á sus cuarteles. La acción costó la vida á cuarenta y seis españoles, y todos los otros salieron heridos y cubiertos de sangre. Este famoso combate fué uno de los más terribles y encarnizados de aquella guerra: por esto lo representaron despues de la conquista, tanto los Mexicanos como los Tlaxcaltecas, en sus pinturas.

Algunos historiadores añaden á esto el gran peligro en que dicen que se halló Cortés de ser precipitado por dos Mexicanos, los cuales, resueltos á sacrificar la vida en bien de su patria, lo agarraron en el borde del atrio superior, para dejarse caer con él á los atrios bajos, creyendo poner fin á la guerra con la muerte del general; pero este hecho, de que no hacen mención Cortés, Bernal Diaz, Gomara, ni ninguno de los historiadores antiguos, se ha hecho todavía más inverosímil por las circunstancias que le añaden algunos escritores modernos.¹

Regresado Cortés á los cuarteles, se abocó de nuevo con unos Mexicanos de alta clase, representándoles el daño que recibían los habitantes, de las armas españolas. Ellos respondieron que nada les importaba, con tal que todos los españoles pereciesen; lo cual habria de verificarse, si no á manos de los Mexicanos, de resultas del hambre que padecerían encerrados en aquel edificio. Cortés, habiendo observado aquella noche algun descuido en los ciudadanos, salió con algunas compañías, y encaminándose por una de las tres calles principales, incendió más de trescientas casas.²

Al día siguiente, despues de reparadas las máquinas, salió con ellas y con la mayor parte de sus tropas, y marchó por el gran camino de Iztapalapan, con mejor éxito que la primera vez; porque á despecho de la vigorosa resistencia que hacían los enemigos en las trincheras que habian construido para defenderse del fuego de los españoles, ganó los cuatro primeros puentes y quemó algunas casas, aprovechándose de los materiales para llenar los fosos, á fin de que no hubiese dificultad en el paso, si los enemigos llegaban á levantar los puentes. Dejó en aquellos puestos suficiente guarnición, y volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez ó doce muertos.

¹ Solís dice que los dos Mexicanos se acercaron de rodillas á Cortés, en actitud de implorar su clemencia, y sin tardanza se lanzaron sobre él y lo arrojaron al suelo, aumentando la violencia del impulso con la fuerza natural de sus cuerpos; que Cortés se desembarazó de ellos y los rechazó, aunque no sin dificultad. Yo la tengo muy grande en creer una fuerza tan extraordinaria en Cortés. Los humanísimos Rainal y Robertson, movidos á compasión, según parece, de la situación de Cortés, lo socorren, aquel con unas almenas, y éste con unas rejas, en que pudo apoyarse para deshacerse de los Mexicanos; pero ni éstos usaron jamás rejas, ni el templo mayor tenía almenas en el atrio superior. Es extraño que estos autores, tan incrédulos de lo que dicen los historiadores españoles é indios, crean lo que no se halla en ningún escritor antiguo, siendo, además, un hecho tan inverosímil.

² Cortés dice que quemaba las casas; mas esto no quiere decir que ardan todas, quedando reducidas á cenizas, sino que les pegaba fuego, el cual en algunas hacía mucho daño, en otras poco, y en otras ninguno. Bernal Diaz dice que costaba trabajo hacerlas arder, porque todas tenían azoteas y estaban separadas unas de otras.

A otro día continuó sus ataques por el mismo camino, ganó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo á los que los defendían, llegó por fin á tierra firme. Mientras se empleaba en llenar los fosos para verificar, como es de creerse, su retirada de la corte, por el mismo camino por donde habia entrado en ella siete meses ántes, se le dijo que los Mexicanos querían capitular, y deseoso de oír sus proposiciones, volvió apresuradamente con la caballería, dejando á la infantería de guardia en los puentes. Los Mexicanos le dijeron que estaban prontos á suspender las hostilidades; mas que para efectuar la capitulación, necesitaban tener la persona de un sumo sacerdote, que habia sido hecho prisionero en el ataque del templo mayor. Cortés mandó ponerlo en libertad, y en seguida quedó ajustado el armisticio. Esta parece haber sido una estratagema de los electores, para recobrar al jefe de su religión, de cuya presencia necesitaban para la unción del nuevo rey que habian elegido, ó iban á elegir; porque apenas tuvo Cortés la satisfacción de haber concluido aquel convenio, cuando llegaron algunos Tlaxcaltecas con la nueva de que los Mexicanos habian vuelto á tomar los puentes y dado muerte á algunos españoles, y que se aproximaba una multitud de guerreros hácia los cuarteles. Cortés salió á su encuentro con la caballería y recobró los puentes, rompiendo por medio de los contrarios, con gran peligro y fatiga; pero cuando estaba ganando los últimos, ya los Mexicanos habian vuelto á tomar á los españoles los cuatro primeros, quitando también los materiales con que éstos habian llenado los fosos. Cortés volvió á recobrarlos y se retiró á los cuarteles con toda su gente cansada, mal parada y herida.

En su Carta á Carlos V, Cortés le habla del gran peligro que corrió aquel día, de perder la vida, y atribuye á una particular providencia de Dios el haber podido preservarla, en medio de tan gran muchedumbre de enemigos. Es cierto que desde el momento en que los Mexicanos se sublevaron contra los españoles, hubieran podido en poco tiempo exterminarlos á ellos y á sus aliados, si hubieran observado mejor orden en los ataques y si hubiera reinado mayor concordia entre los jefes subalternos que los dirigían; mas éstos no estaban de acuerdo, como diré despues, y el populacho se dejaba llevar tan solo por el ímpetu de su desordenado furor. Por otra parte, los españoles parecían hechos de hierro, pues ni cedían al rigor del hambre, ni á la necesidad del sueño, ni á las heridas, ni á la fatiga incesante. Despues de haber empleado todo el día peleando, pasaban la noche enterrando á los muertos, curando á los heridos y reparando los males que los Mexicanos habian hecho en el edificio que ocupaban; y aun durante el poco tiempo que dedicaban al reposo necesario, no dejaban jamás las armas de la mano, hallándose siempre dispuestos á presentarse á sus enemigos. Pero aun más se conocerá la dureza de aquellos hombres, en los terribles combates que referiré muy en breve.

MUERTE DE MOTEUCZOMA II Y DE OTROS PERSONAJES.

En uno de aquellos días, que probablemente sería el 30 de Junio, murió, dentro del alojamiento de los españoles, el rey Moteuczoma, á los cincuenta y cuatro años de edad y diez y ocho de reinado, en el sétimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa y de las circunstancias de este acaecimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores mexicanos atribuyen su muerte á los españoles y los españoles á los Mexicanos. Yo no puedo creer que los españoles se decidiesen

á quitar la vida á un rey á quien debían tantos bienes, y de cuya muerte solo podían aguardar grandes males. Segun Bernal Díaz, autor sincerísimo y testigo ocular, su pérdida fué llorada, no ménos por Cortés que por todos los capitanes y soldados, como si todos hubieran perdido en él un padre. En efecto, Moteuczoma los favoreció extraordinariamente, sea por inclinación, sea por miedo: siempre se les mostró benévolo y sincero; á lo ménos no hay razón para creer lo contrario, ni se sabe que recibiesen de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron.¹

Sus buenas y malas cualidades pueden inferirse de la relación de sus hechos. Fué circunspecto, magnífico, liberal, celoso defensor de la justicia, agradecido á los beneficios de sus súbditos; pero su altanera circunspección hacia inaccesible el trono á los lamentos de los oprimidos; su magnificencia y su liberalidad se ejercían á expensas de la sustancia de los pueblos, y su justicia degeneraba á veces en crueldad. Fué exacto y puntual en los deberes de la religión, muy adicto al culto de sus dioses y á la observancia de los ritos.² En su juventud fué animoso y dado á la guerra, habiendo quedado victorioso, segun dicen, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reinado, los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los españoles, y sobre todo, los errores de la superstición, habían degradado de tal manera su ánimo, que parecía haber mudado de sexo, como decían sus súbditos. Deleitábase en la música y en la caza, y era tan diestro en el ejercicio del arco, como en el de la cerbatana. Era de alta estatura y buena complexión, y tenía el rostro largo y los ojos vivos.

Dejó muchos hijos, tres de los cuales perecieron en la infausta noche de la derrota de los españoles, ó á manos de éstos, como dicen los Mexicanos, ó á manos de los Mexicanos, como aquellos aseguran. De los que sobrevivieron, el mayor era Tohuacahuatzin, que en el bautismo se llamó D. Pedro Motezuma, y de quien descienden los condes de Motezuma y Tula. Tuvo Moteuczoma este hijo de Miahuaxochitl,³ hija de Ixtlilcuechahuac, señor de Tula, ó Tollan. De otra mujer tuvo á Tecuichpotzin, hermosa princesa, de quien descienden las dos nobles casas de Cano Motezuma, y Andrade Motezuma. A demás de éstos, se sabe que tuvo otro hijo, señor de Tenayocan, el cual, habiéndose escapado y refugiándose en Tepozotlan, cuando los españoles salieron derrotados de México, fué despues solemnemente bautizado, próximo ya á morir, á fines del año de 1524, ó á principios del siguiente.⁴ Los reyes católicos concedieron singulares privilegios á la posteridad de Moteuczoma, en atención al inapreciable servicio que les hizo aquel monarca, incorporando á la corona de Castilla, por su-

¹ Cortés y Gomara aseguran que Moteuczoma murió de la pedrada que recibió de sus vasallos. Solís dice que la muerte fué efecto de no haber querido curarse la herida. Bernal Díaz añade á esta omisión la voluntad inedia. Herrera dice que la herida no era mortal, sino que murió de pesadumbre y despecho. Sahagun y los historiadores mexicanos y texcocanos, afirman que los españoles lo mataron, y uno de ellos refiere que un soldado lo atravesó por una ingle. Entre estos historiadores, unos dicen que la muerte ocurrió la noche de la derrota de los españoles, otros que fué antes. Acosta, Torquemada y Betancourt, se refieren al juicio divino.

² Solís dice que aquel monarca apenas doblaba la cerviz á sus dioses, que tenía más alta idea de sí mismo que de ellos, etc. Pero esta y otras especies, que afirma aquel escritor, son contrarias á la verdad y al testimonio de los autores indios y españoles que conocieron á Moteuczoma. El mismo Solís añade que el demonio lo favorecía con frecuentes visitas; credulidad extraña en un cronista mayor de las Indias.

³ Solís, adulterando, como suele, el nombre de esta reina, la llama Niagua Suchil. Sobrevivió á la conquista, y tomó en el bautismo el nombre de Doña María Miahuaxochitl.

⁴ Este príncipe tomó en el bautismo el nombre de su padrino Rodrigo de Paz, primo del conquistador Cortés. Asistieron á la solemnidad los magistrados españoles de aquella corte, y su cadáver fué enterrado con la pompa correspondiente, en la iglesia de San José de padres franciscanos, primera parroquia de México.

cesion voluntaria, un reino tan grande y rico como el de México. ¡Dichoso si despues de haber cedido á la España su reino, hubiera sabido granjearse el del cielo! Pero ni las reiteradas instancias que le hizo Cortés durante el tiempo de su encarcelamiento, ni las continuas exhortaciones que empleó el P. Olmedo, especialmente en los últimos días de su vida, pudieron inducirlo á abrazar la fé de Jesucristo,¹ que despues adoptaron tan fácilmente sus vasallos. ¡Consejos altísimos de la predestinación, que no pueden indagar los mortales!

Cortés notició la muerte del rey al príncipe Cuitlahuatzin, por medio de dos ilustres prisioneros que habían sido testigos de aquel suceso, y de allí á poco envió el real cadáver con seis nobles mexicanos, acompañados de muchos sacerdotes que estaban en su poder.² Su vista excitó un gran llanto en el pueblo (último homenaje que le tributaban), y ya encomiaban con magníficas expresiones sus virtudes los mismos que poco ántes no hallaban en él sino vicios é infamia. La nobleza, despues de haber derramado copiosas lágrimas sobre los frios restos de su desventurado rey, llevó el cadáver á un sitio de la ciudad llamado Copalco,³ donde fué quemado, con las ceremonias de estilo, y enterradas con suma reverencia las cenizas, aunque no faltaron hombres indignos que las insultaron con denuestos.

En aquella misma ocasión, si es cierto lo que refieren algunos historiadores, mandó Cortés arrojar á un sitio llamado Tehuayoc, los cadáveres de Itzcuahtzin, señor de Tlatelolco, y de otros señores prisioneros, muertos todos, segun afirman, por orden del mismo Cortés, aunque ninguno expresa el motivo de aquella resolución, que en caso de ser justa, nunca pudo ser prudente; pues la vista de aquellos estragos debía necesariamente irritar la cólera de los Mexicanos, é inducirlos á la sospecha de haber sido también aquellos extranjeros autores de la muerte de su monarca.⁴ Los Tlatelolcos llevaron en un barco el cadáver de su señor, y celebraron con grandes demostraciones de pesar sus exequias.

Entre tanto, continuaban los Mexicanos con mayor ardor sus ataques. Cortés, aunque hacia gran daño á los enemigos y casi siempre salía vencedor, consideraba que las ventajas de sus triunfos no compensaban la sangre que costaba á sus compatriotas, y que al fin la falta de víveres y de municiones y la superioridad de fuerzas contrarias, debían prevalecer sobre el valor de sus tropas

¹ Diego Muñoz Camargo, noble Tlaxcalteca, dice en sus MS. que Moteuczoma recibió el bautismo poco ántes de morir, y aun nombra sus padrinos, que fueron Cortés, Alvarado y Olid; mas todo esto es falso, pues no puede creerse que aquel general, en su Carta á Carlos V, omitiese un hecho tan importante y que tanto conducía á su justificación. Bernal Díaz, testigo ocular, cita la pesadumbre del P. Olmedo por no haber podido reducir aquel monarca al cristianismo. Gomara dice que Moteuczoma pidió el bautismo en el carnaval de aquel año; que se diferió hasta la Pascua, para hacerlo con más solemnidad, y que entonces todo se trastornó con la llegada de Pánfilo Narvaez; pero no tiene duda que la noticia de la expedición de este jefe llegó á México despues de Pascua.

² Torquemada y otros dicen que el cadáver de Moteuczoma fué arrojado con los otros al Tehuayoc; pero Cortés y Bernal Díaz dicen que fué enviado fuera del cuartel, en los hombros de cuatro nobles.

³ Herrera conjetura que las cenizas de Moteuczoma fueron depositadas en Chapultepec, y se funda en el llanto que los españoles oyeron hacia aquella parte: Solís afirma lo mismo, y añade que en Chapultepec estaba el sepulcro de los reyes; mas todo esto es contrario á la verdad, pues Chapultepec no distaba ménos de tres millas de los cuarteles y no era fácil oír el llanto á tanta distancia, especialmente en una ciudad tan populosa, tan agitada y turbulenta á la sazón. Los reyes no tenían sepultura determinada, y consta además por la deposición de los Mexicanos que las cenizas de Moteuczoma se enterraron en Copalco.

⁴ De la muerte de aquellos señores no hablan Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Herrera ni Solís; pero la dan por cierta Sahagun, Torquemada, Betancourt y los historiadores mexicanos. Yo cedo al respeto de estos nombres y al del público, pero con alguna desconfianza acerca del suceso, en que hallo mucha inverosimilitud.